

EL MOMENTO CRÍTICO

DE LA CULTURA Y EL CATOLICISMO

De todas partes llega la noticia de que estamos en medio del momento decisivo de la vida espiritual. Los grandes acontecimientos de estos últimos años han conmovido a la humanidad hasta sus cimientos y han hecho actuales los problemas transcendentales. Toda la cultura pasa por una crisis de las más grandes dimensiones. Masas enteras de desilusionados huyen de los altares de ídolos derrocados buscando en su angustia nuevos refugios, sin dar oídos a los que quieren volverlos a los templos abandonados. Hasta la famosa seguridad de la sabiduría moderna se estremeció dando lugar a una reserva cansada y escéptica, y a veces a un rechazo desdeñoso de toda

Los rastros de esta transformación espiritual que se notan por todas partes, conducen a regiones muy opuestas según su carácter individual, así como los nómadas tampoco abandonan por completo el lugar de su procedencia, sino llevan a su nueva patria las impresiones y experiencias de lo pasado. Así las gentes modernas, según su carácter individual y educación especial, buscan la salida del caos actual de maneras muy variadas. Los unos ven en el individualismo exagerado la fuente propia de la inminente decadencia y reconocen en los valores culturales heredados del pasado cristiano la única salvaguardia segura. Los otros, a manera de titanes atrevidos, desprecian conscientemente el cristianismo queriendo reemplazarlo por creaciones nuevas para así, sobrepujando todo lo pasado, llevar a la humanidad a alturas nunca vislumbradas. En ambas direcciones se nota un movimiento *religioso* y otro filosófico, tocándose naturalmente muchas veces y penetrándose. Así en las cuestiones religiosas y filosóficas por una parte se nota un movimiento «catolizante», y por otra parte una incredulidad radical, la que en el campo moral se manifiesta en una diabólica glorificación del vicio.

Realmente pasamos por tiempos muy revueltos. Encontramos juntos los contrastes más opuestos: el afán de diversiones más disoluto, juntamente con la pobreza más extremada; la religiosidad más tierna

junto con la degradación bestial; el amor más solícito del prójimo junto con el egoísmo más frío; inteligencia cristalina y misticismo muy turbio; ciega credulidad (supersticiosa) y completo materialismo. Una cosa se encuentra en todas estas manifestaciones, y esa es el universal descontento con las constancias actuales y la desesperación sobre el porvenir. Esta mescolanza de razón y fe no se puede llamar todavía el despertar del espíritu religioso, sino más bien el desencanto sobre ideales fracasados y a lo sumo el deseo de un reemplazante mejor.

I

LOS HECHOS

La crisis de la cultura es común a toda Europa... Lo que se preparó desde muchos años atrás, esto se reveló en nuestros días a consecuencia de los funestos acontecimientos de la actualidad: El alma del pueblo busca un ideal nuevo, un apoyo espiritual, un significado más digno de la vida; y se pregunta: ¿dónde está la estrella que ilumina nuestras tinieblas?

Naturalmente se divisa más claramente que nunca en el fondo oscuro de la actualidad aquel «signo elevado entre las naciones», del cual habla Isaías (11, 12) y que, según las palabras del Concilio Vaticano, invita a los que yerran para que vengan al conocimiento de la verdad: y este signo es la Iglesia Católica Romana, la única que en las revoluciones terribles de nuestros tiempos quedó como intacta. Y en realidad vemos que muchos antiguos despreciadores de asuntos católicos se dedican ahora al estudio del catolicismo tantas veces pregonado como muerto ya, y por lo tanto en cierto modo podemos hablar de un despertar de la Iglesia en las almas.

Se manifiesta este acercamiento al catolicismo en campos muy variados. Hasta en el íntimo seno del protestantismo, donde en esta materia por supuesto hay mucha reserva y cautela tocante a tales manifestaciones, se nota sin embargo aflojamiento del antiguo espíritu agresivo.

Notamos con sorpresa en los escritos y las conferencias de corifeos protestantes mucha solicitud en *apreciar doctrinas católicas*, la liturgia, el régimen y la actividad social y caritativa de la Iglesia católica. Las invectivas de la llamada «Liga evangélica» no hallaron ya la resonancia de antes, y un signo de los tiempos ha sido que en una asamblea en Munich, en mayo de 1923, el mismo Primate de Suecia protestante, Natán Söderblom, delante de un auditorio compuesto en

su mayor parte de protestantes, sin hallar contradicción, enumeró en la lista de los genios religiosos nada menos que al mismo *San Ignacio de Loyola*, siendo hasta ahora tradición antigua y constante entre los protestantes, ver en el fundador de la Compañía de Jesús sólo un intrigante astuto y soberbio.

Todavía más llama la atención el singular interés por la *piEDAD y mística* católica, que de repente se despertó entre los protestantes y racionalistas. Sucedió que casas editoriales, de ninguna manera católicas, han publicado ediciones nuevas de místicos de la Edad Media, las que han sido compradas en masa. Sucedió, pues, que los corazones atormentados, huyendo del pleno día que con su rayo hiriente iluminaba sólo sangrientos campos de batalla, tronos derrumbados, masas desesperadas y una ciencia confusa, se refugiaron, en su afán de sosiego y salvación, al misterioso crepúsculo de las catedrales medioevales. Aunque a muchos faltaría todavía la fe, sin embargo querían saborear a lo menos por unos momentos algo de los encantos y de las delicias de las almas enamoradas de Dios, para así refrescar su propia alma pobre y angustiada.

No es el razonamiento crítico quien ha despertado este interés por la Iglesia, sino este acercamiento se hizo por las necesidades de la vida. Sencillamente se preguntaron: ¿Qué me ofrece la Iglesia para la vida, para la actualidad, para la renovación de una humanidad desesperada? Parecía que muchos volvían las espaldas a las cisternas enjutas de la cultura moderna para buscar las fuentes vivas de aquella fuerza perenne que siempre manan de la Iglesia.

Por lo tanto se acercaron a las conferencias de sabios católicos también protestantes y racionalistas; de ninguna manera con espíritu de crítica despreciativa, sino con la intención sincera de conocer al catolicismo. A esto se añadió la convicción de ellos de que hasta ahora habían sido muy negligentes en este punto, y que era muy vergonzosa su ignorancia de las cosas católicas. Se ha visto que protestantes comenzaron a estudiar la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino y sus Comentarios a la Filosofía de Aristóteles.

Hasta ahora los católicos estaban encerrados como en un «Getto judío», y ellos mismos como acobardados se habían retirado. Esta muralla de repente parecía derrumbada y la primera vez, después de tanto tiempo, sintió el católico un soplo de veneración y expectación. Vino tan imprevisto este cambio, que el profesor de teología protestante Enrique Hermelink, casi demasiado entusiasmado escribió: «El ambiente universal entre los protestantes hoy día es favora-

ble al catolicismo, siendo el caso que hace unos veinte años sucedía todo lo contrario».

Más marcado todavía se muestra este cambio en la intelectualidad moderna, en la esfera meramente *científica*.

En la filosofía moderna antes era axioma incommovible (como escribe Paulsen) que el sistema católico estaba excluido del mundo científico. Hoy día, empero, se nota en las obras filosóficas un todavía lento, pero marcado acercamiento a la filosofía escolástica: fruto sin duda del trabajo abnegado de hombres como el cardenal Ehrle, el P. dominico Denifle, del canciller Hertling, del profesor Baemker y otros, y prueba al mismo tiempo, que un trabajo aunque silencioso pero constante, con el tiempo se impone y tiene más efecto que escritos superficiales de moda, pregonados por el reclamo y olvidados pronto, aunque de literatura fascinante por la fantasía y retórica. La gran reacción en favor de la filosofía católica se nota en todos sus ramos: en la teoría del conocimiento se deshace el criticismo de Kant; en la psicología se descubrió (para decirlo así) otra vez el alma; en la filosofía natural, hasta en Leipzig y Jena, se oponen los profesores al darwinismo materialista de la descendencia; en la jurisprudencia se acabó con el positivismo, y aunque algunos todavía tienen miedo de pronunciar la palabra «derecho natural», en realidad reconocen un derecho de la razón, superior a todos los hombres y todas las naciones, y lo prueba la revista de derecho en Berlín, la que tiene una sección especial para la jurisprudencia católica con colaboraciones del P. Víctor Cathrein, S. J., el profesor presbítero Mausbach de Münster, etc. Y sucede lo inaudito que el nombre de Dios aparece al fin en los escritos de la ciencia moderna, y se reconoce que la existencia de Dios se puede probar científicamente.

Todas estas diferentes corrientes (favorables al catolicismo) parecen preparar la catástrofe de la cultura moderna, la que se manifestará en el abandono del llamado historicismo del siglo XIX. Todos se dan cuenta de la responsabilidad infinita de nuestros días de hacer caso del problema del absoluto o de la religión. El relativismo de los tiempos pasados era la suma de la cultura y de la moral. El hombre aspira para sí una importancia de valor perenne.

Este cambio fundamental de las ideas ha sido reconocido también por la *parte contraria* y extremista (en parte aprobándolo, en parte lamentándolo). Una revista socialista de Berlín escribe (1922): «La filosofía se halla actualmente en una crisis profunda. La orientación nueva se debe al influjo poderoso de la filosofía católica, ignorada

hasta ahora, pero es muy de tomarse en cuenta para poder comprender muchos asuntos actuales de filosofía científica. En esta encontramos hoy día ideas de los tiempos de Agustín, y esto de parte de gente en lo demás en ninguna relación con el catolicismo». La revista de los librepensadores monistas de Hamburgo (1923) se lamenta que el misticismo envuelve todo; que en las universidades hablan todavía con voz baja, pero fuera de ellas con alta voz; que antiguos monistas se han convertido en decididos dualistas...

Nada menos que el famoso «Berliner Tageblatt» escribe el 6 de diciembre de 1921: «Esperamos que ahora que han caído las barreras, se reconocerán los importantes valores espirituales de las ideas católicas, los libros de Agustín, Tomás de Aquino, la historia de Jansen y muchos otros, resultando de este conocimiento tardío un puente para salvar la profunda sima confesional».

Cosa ordinaria en la vida es el prever en algunos síntomas el ulterior desarrollo de los acontecimientos, y así no nos extraña que el predicho fundamental cambio de ideas en la vida espiritual moderna haya dado margen por una parte a las más lisonjeras esperanzas, y por otra a los más grandes temores. Así (la parte interesada entre los protestantes) vió en terribles fantasmas ya la vuelta total de Alemania a la Iglesia Católica, y no sin fundamento; pues una multitud cada vez más creciente de conversiones parecía servir de tropa avanzada de otros muchos nuevos católicos fervorosos. Las esferas dirigentes de la iglesia protestante, a vista de tales acontecimientos, sintieron una especie de pánico, viendo en este movimiento ya una campaña conquistadora de la Iglesia Católica, una anti-reformación, y hasta el triunfo de Roma y la victoria del Vaticano. Se adelantaron demasiado en estas apreciaciones, atribuyendo el natural desarrollo de las ideas y de los acontecimientos a un consciente e intenso trabajo de parte de los católicos. Por consiguiente se alborotaron en discursos y escritos viendo ya la ruina del protestantismo. Sucedió de este modo lo que hemos visto; que en muchas partes estalló el más fanático «furore protestanticus», supliendo por su saña lo que le faltó de fuerza».

Nota: Para más ilustración del fanatismo nuevo de algunos protestantes, sirve lo que en el mismo número de julio de la revista *Stimmen* publica el P. Matías Reichmann, S. J., y es como sigue:

El órgano principal de los protestantes (la *Evangel.-Luther-Kirchen-Zeitung*) del 4 de enero de 1924, escribe: «Jamás se ha visto más impotencia de las fuerzas humanas que en la actualidad. Estamos a la cabecera del lecho de muerte del pacifismo, del socialismo, del idealismo. De todas las ilusiones humanas quedaron las ruinas que vemos en los estados, los pueblos y las escue-

las... En medio de tanto trastorno se halla también la iglesia protestante, la que quiso ser iglesia del pueblo y se arruinó juntamente con el pueblo, y más que el pueblo. Nadie oye ya su voz en la república, y el gobierno del estado no hace caso del gobierno de la iglesia protestante. Y lo que es lo más fatal, es que se levanta el antiguo enemigo encarnizado: la Iglesia Católica, más potente que nunca. Donde tiene poder, arrebató iglesias enteras, como en Riga. (N. B. Alude el articulista calumniosamente a la devolución de la iglesia de Riga a sus legítimos dueños), y donde el catolicismo todavía no domina la situación, mete su gente en los altos empleos del gobierno, funda por todas partes sus instituciones y conventos de religiosos y religiosas, hace propaganda entre la gente ilustrada para atraerlos, mientras vemos que las instituciones protestantes están en plena decadencia... Cuando Dios no nos asiste estamos perdidos, porque socorro humano ya no habrá».

Este lamento es una sola prueba entre muchas del mismo estilo.

II

LAS DIFICULTADES

Las esperanzas halagüeñas de los unos, lo mismo que los temores pánicos de los otros (relativos a una universal vuelta al catolicismo), según nuestro parecer, ya repetidas veces manifestado, carecen de un sólido fundamento.

Ante todo hay que tomar en cuenta que este movimiento espiritual no tanto es fruto de una madura reflexión, sino más bien sentimientos momentáneos, pasajeros según nuestra observación a medida del alejamiento de una revolución social, y originados en gran parte por la perturbación de los tiempos actuales.

Con todo, nadie puede presagiar el ulterior desarrollo de este cambio de ideas. Humanamente hablando no habrá por de pronto un substancial cambio en la exterior composición de las confesiones religiosas; y la razón porque no es posible una vuelta general al catolicismo, es que tanto por parte del protestantismo como por parte del catolicismo faltan las condiciones necesarias del caso.

1. Vemos que tampoco en el mundo orgánico no hay saltos en el desarrollo, sino transiciones lentas; así sucede en la vida espiritual. Se necesita cierta disposición favorable para que produzca en las almas su fruto la semilla de la doctrina católica. El desarrollo forzado no tiene consistencia en las luchas de la vida humana. El que se ocupa con el cultivo de las almas, conocerá el peligro de conversiones precipitadas, las que ocasionan no raras veces tristes apostasías.

También de parte del catolicismo hay que organizar mucho antes de pensar en aquella vuelta grande. No hay sin embargo duda ninguna de que el catolicismo lleva en su seno bastante fuerza para renovar

el mundo moderno, así como ya antiguamente ha renovado la faz de la tierra. Pero nos permitimos preguntar, si los católicos de hoy día en su generalidad están penetrados de tanta convicción y tanto fervor religioso, tan llenos de fe y caridad, que sean capaces de encender a muchos extraños. Si no es así, entonces primero hay que fomentar el fuego propio, hasta que estalle en llamaradas. En la historia de la Iglesia hallamos muchos ejemplos del lastimoso fracaso ocasionado por el afán de substituir la calidad de los cristianos nuevos por su cantidad. Mirando el actual campo de batalla en la esfera de las ideas sin preocupación y entusiasmo precipitado, vemos que para el tiempo de la causa buena importa más que conversiones aisladas, las que no cambian mucho el exterior aspecto de las confesiones, una penetración intensa y explicación sólida de las ideas religiosas... Gran cosa sería ya el conseguir una forma más digna de la controversia.

2. Modesto parece este nuestro plan, y blanco primordial que consiste en moderar el tono de la controversia. Sin embargo, hasta este intento tan modesto tropieza con multitud de dificultades.

Primero, abunda esta clase de hombres que se figuran las luchas en el terreno de las ideas a manera de luchas de box, y no pueden hablar sino a gritos. Este modo de controversia es el dominante en la prensa y en las asambleas. Fanatismo es esto y no convicción, y los fanáticos buscan ante todo lo que separa los corazones. Contra aquellos fanáticos se debe formar una falange de hombres juiciosos, cansados de tanta disputa, los que reconocen en su adversario también al hombre y compatriota y los que en el calor de la lucha no pierden de la vista el fin de la polémica, el que es comprender y reconciliar los espíritus, servir a la verdad y a la caridad. Dijo ya el gran Agustín: «Vencer puede sólo la verdad, y la victoria de la verdad es la caridad».

La segunda dificultad para una exposición pacífica de las ideas es el profundo alejamiento interior y exterior de los representantes de aquellas ideas opuestas. Parecen dos mundos opuestos, y hombres con dos diferentes juicios e idiomas. Pues hoy día hay millones de hombres que ni siquiera tienen ya los conceptos fundamentales de la religión; y menos de la religión católica. Hay que construir primero un terreno común para poder entenderse.

A la confusión de la terminología se añade la mutua extrañeza personal. Tratándose uno al otro como hombres iguales, se entenderían mejor, porque conociendo la personalidad del que habla, se le entiende mejor y las ideas se explican por los rasgos o momentos sub-

jetivos y tal vez se disculpan más fácilmente. La palabra escrita no reproduce fielmente las ideas, y la teoría muchas veces es áspera, mientras la vida actual fácilmente junta polos opuestos. Por desgracia en la vida social moderna, por la educación y costumbres, se ha formado una especie de castas infranqueables por sus estatutos, y las que apenas se conocen mutuamente, o cuando conocen algo del otro, es sólo lo que los separa.

Al fin hay una gran tercera dificultad para la mutua inteligencia, y es la precipitación nerviosa de la vida moderna, muy poco favorable para la exposición tranquila de ideas de tanta transcendencia como las religiosas, las que necesitan una discusión científica y bien ordenada y desarrollada. Impugnar sólo uno que otro error fuera del connexo de las ideas es fácil, pero inútil. Hay que entender el discurso del adversario para poder analizarlo y juzgarlo. Injurias y declamaciones no son pruebas, y no son el modo de ayudar a los que yerran y buscan la verdad. Problemas serios hay que tratar seriamente; y hay que reconocer la buena voluntad en el adversario. De gran importancia son las verdades comunes a ambas partes, de las que hay que aprovecharse para acercarse.

De lo dicho resulta que la controversia exige mucha delicadeza y mucha calma, la que difícilmente se encuentra en la nerviosidad de la vida moderna, en la perturbación de la actualidad, y en la excitación de los espíritus. Nadie, parece, tiene paciencia para tratar tranquilamente asuntos de tanta importancia y de tanta complejidad.

Hasta un Nietzsche dijo: «Falta tiempo para pensar, y por lo tanto uno no reflexiona sobre ideas ajenas. Nos basta sospecharlas. Con tanta aceleración de la vida nos acostumbramos a ver y pensar sólo a medias, como uno que quiere juzgar sobre un país mirándolo solo desde la ventanilla del tren expreso. Reflexión cautelosa se considera como una especie de locura.» Algo de verdad habrá en esta apreciación. Muchos procuran más bien deshacerse del adversario que comprenderle. Por lo tanto fracasan muchas controversias y significan nada más que pérdida de tiempo.

Lo que se ha dicho aquí en teoría, lo prueba la práctica.

3. Entre los protestantes está propagada la idea fija de que ellos no podrán aprender nada de la Iglesia Católica, que la Edad Media es una época oscura, de la que no se debe hacer caso.

Existe entre ellos la costumbre de estudiar la Iglesia Católica sólo según los escritos de los adversarios de ella.

Es increíble la ignorancia de los protestantes en asuntos cató-

licos. Ya es gran cosa lo poco de mejoría que se ha conseguido en estos últimos tiempos; pero falta mucho todavía. Hojeando la literatura popular encontramos verdaderas caricaturas sobre asuntos católicos, enunciados hasta por corifeos protestantes como el profesor Harnack, de Berlín, el que habla en serio de una adoración del Papa; otros de una adoración de María Santísima, y del politeísmo católico.

En vista de tantas caricaturas en obras científicas, exclama otro profesor protestante: ¡Cuán poco conocemos y entendemos de las fuerzas religiosas del catolicismo! Nos cierra la vista al interior de la vida católica ya la enseñanza hecha a los niños «confirmandos», con cuya ocasión se exhiben todavía las armas de la polémica de los tiempos ortodoxos. Grande todavía es la tarea, especialmente de los teólogos en el sentido de la historia de la religión. Cabe preguntar si nosotros realmente nos empeñamos en conocer al catolicismo como nos empeñamos en conocer hasta el buddhismo y al islamismo».

Todas las pruebas para los disparates que se dicen del catolicismo son las inexactitudes de escritores católicos y los abusos de la vida religiosa, ambas cosas muy comunes entre hombres, pero reprobadas por católicos sensatos e injustamente atribuídos a la misma Iglesia.

Más provechoso para hallar la verdad y la paz sería, si los protestantes resolvieran al fin a buscar sus conocimientos sobre la Iglesia católica en fuentes puras. ¡Ojalá que escucharan la voz del profesor protestante Hermelink, que dice: «Nuestra divisa debe ser: Fin al Kulturkampf!» Entiendo con esta lucha de cultura no solo aquella, en la cual el estado (prusiano) con la fuerza persiguió a la Iglesia Católica, sino aquella lucha más latente, que consiste en el desprecio soberano del catolicismo, como si éste no fuera sino retrógrado en la inteligencia y cultura, y el cual desprecio se formula con la frase: «Catholica sunt, non leguntur».

Lo que toca a nosotros los católicos, no nos es posible corregir estas aberraciones protestantes. Pero nos es posible promulgar «las inescrutables riquezas de Cristo, como dice el apóstol, y desenvolver toda la magnitud, profundidad y amplitud de las ideas católicas delante del mundo entero» (Eph. 3, 8, 18). Ya por lástima haremos esto, porque el hombre moderno con todos sus adelantos materiales se halla en una gran miseria espiritual, y aspira a una elevación de su alma; y si el camino a la verdad católica le está obstaculizado por mil errores, haremos lo posible para remover estos embarazos.

M. PRIBILLA, S. J.

Extractado y traducido de *Stimmen der Zeit* (julio, 1924), por Carlos Leonhardt.